



Mercado de Abastos de Guadalajara

NADA MAS SOLO QUE UN PERRO SOLO

■ CARMEN PEREZ

Cuando el comisario Sabinas recibió la comunicación, apenas podía salir de su asombro. Debía existir algún error, porque las palabras pronunciadas por el agente de guardia eran totalmente inusuales.

—Código uno. El pedigüeño de la puerta ha muerto. Como sospechosa tenemos retenida a una asidua cliente al mercado.

Sabinas había presenciado muchos sucesos en su ya larga carrera, a punto de concluir. Dentro de una semana recibiría toda la documentación que había remitido, debidamente cumplimentada a interior y, tal vez antes de dos meses, debería asistir a la consabida cena de despedida con reloj incluido y subvencionado a escote por sus compañeros. La llamada le había alterado, sacado de sus reflexiones y le había importunado la plácida jornada, a punto de concluir.

En casa le esperaba Teresa, con sus guisos prometedores, ya desde el portal, y con su aburrida cantinela de preparativos

de viajes, para cuando “dejase todo eso”. La promesa de la cazuela caliente sobre la mesa le hizo segregar buena parte de sus jugos, atenazando una úlcera que pronto sería historia. La llevaba de recuerdo de sus dos años en el País Vasco y había conseguido adormecerla durante toda su estancia en Guadalajara, siempre gracias a los cuidados de Teresa.

Liberado hacía ya años del síndrome del Norte, Sabinas había vivido como siempre había soñado. Un cómodo despacho cerca del Gobernador, en una apacible ciudad de provincias, donde el caso más difícil era detener a tres o cuatro chorizos, siempre llegados de Madrid, a través del Corredor del Henares y casi siempre, con un síndrome de abstinencia que les empujaba al interior de coches ajenos. Los martes se preparaba para hacer frente a los carteristas en el mercadillo y en época de verano, a controlar el paso de la droga por la carretera. Durante más de diez años, había acudido regularmente,

cada jueves, a Marchamalo, en donde en un apacible rincón de bar, cuatro amigos, todos ellos del Cuerpo, habían reeditado el rito del Mus, entre batallitas de superagentes y otras historias más o menos fiables.

Los domingos, misa en San Ginés y obligado paseo por la calle Mayor, vestido con el uniforme de cada siete días y saludos a los conocidos de hacía una semana. Así durante diez largos y apacibles años. Nada que ver con sus comienzos en la Puerta del Sol, su paso por Sevilla y su tormento en Indautxu. Había visto cosas, sí, pero las mejores las había vivido plácidamente en esta pequeña ciudad de provincias, a la que siempre soñó como su confortable retiro.

Enfundada en una bata de fondo oscuro, con pequeñas florecitas, Teresa terminaba de poner la mesa. En diez minutos, tras la cervecita de costumbre, Ignacio aparecería por la puerta, siempre dispuesto a homenajear su trabajo entre pucheros. A Ignacio no le sentaba bien ir al bar, pero ella hacía como que no sabía nada, porque dentro de pocas semanas vendría el retiro y tampoco era cosa de amargarle los días. Sabía que en el fondo, y por mucho que él protestara cada mañana con el trabajo en la comisaría, la rutina de cada día constituía su vida y en poco tiempo se vería en casa, sin nada que hacer.

Por eso había planeado unas vacaciones a la costa. Irían a Valencia, no a casa de los hermanos, sino a un hotel. A un hotel cerca de la playa y en Abril. Como un sueño y además barato. En temporada baja. Se había informado muy bien en una agencia de Miguel Fleutier, un día al salir del mercado. Antes le había propuesto a Ignacio apuntarse a las excursiones del Insero, ya que él iba a convertirse en jubilado, pero la mirada de rechazo, seca y muda, que le había devuelto, la había impulsado hacia la agencia. Esta misma mañana había pasado a por los folletos donde una fotografía pequeñita de un enorme hotel le prometía las primeras vacaciones de su vida sin cocinas. Porque de vacaciones había ido muchas veces, pero, eso sí, siempre a la casa de sus difuntos padres, donde había pasado los primeros diez días limpiando y los treinta cocinando.

Hoy no había pasado por el mercado. A la hora habitual, se había echado el abrigo por encima de los hombros y había salido de casa, con la cartera en una mano y las llaves en la otra. Había abandonado el carrito, acompañante habitual, que ayer se encargó de llenar, en plan previsor. Tan sólo tendría que comprar el pan después de recoger los folletos. Ahora, con ellos junto a la bandeja de fruta, aviaba la mesa hasta que llegara Ignacio.

En el bar, entre cerveza y patata frita, el comisario Sabinas supo que una mujer, de edad ya avanzada, asidua del mercado y poco dada al trato, había asestado una certera cuchillada al mendigo que cada mañana pedía limosna en la entrada al mercado.

Sus agentes habían recibido la llamada angustiada de la titular uno de los puestos y se habían encargado del caso. El inspector Sánchez hacía comentarios jocosos sobre el suceso que, por poco común, había levantado comentarios de todo tipo entre la clientela del Pastrana. Sabinas se convirtió, nada más entrar en el bar, en el centro de las miradas y preguntas de los asiduos. Se sintió importante, pero cohibido. En el fondo, le avergonzaba no haber acudido al mercado, pero ¡qué diablos! era su hora de salir. Teresa le esperaba como cada día y ni siquiera el asesinato de un mendigo, por inusual que fuera, iba a apartarle de sus costumbres. La insistencia de las preguntas le hizo cerrarse en un mutismo que revistió de profesionalidad y, a cada cuestión, que con más interés se le dirigía, contestaba con un lacónico –“El caso no está cerrado y estamos investigando todos sus extremos”–.

El comisario Sabinas consiguió que la conversación se desviara hacia la partida de la tarde anterior, en la que, con mucha escuela y a pesar del compañero, había salido victorio-





so. Antes de abandonar la taberna, lanzó un reto a sus compañeros de juego y, cuando iba a dirigirse hacia el paseo de Iparraquirre, para tomar el camino habitual a casa, algo más poderoso que un imán le llamó desde el mercado.

Frente a la puerta, un "Z" vacío y dos agentes que tomaban declaración a un vendedor le impidieron fijarse en el coche fúnebre que doblaba la esquina, en dirección a la calle Cifuentes. Se encaminaba hacia los policías, cuando alguien le tocó el brazo y distinguió a Gutiérrez, el secretario de la Audiencia que portaba varios papeles en su mano izquierda.

–Sabinas, te esperaba hace rato. Ya hemos levantado el cadáver de ese pobre desgraciado y tienes a la mujer en Jefatura.

El comisario sonrió levemente a su interlocutor y se dirigió hacia los agentes, uno de los cuales se aproximaba ya a su superior en actitud sumisa.

–Señor comisario terminamos ya de levantar el informe –dijo con un marcado acento andaluz–. La mujer no ha querido hablar, pero la encontramos con un cuchillo de cocina en la bolsa. Todavía tenía sangre.

–Identifiquen al fallecido y quiero un informe completo esta misma tarde en mi despacho–, ordenó Sabinas, como poseído por el personaje de una película americana.

La verdad es que Sabinas no sabía muy bien qué hacer ni ordenar, por lo que preguntó al policía donde se encontraba el puesto de los pollos de donde había partido la denuncia y se

dirigió hacia el mostrador, rodeando las fruterías que ocupaban toda la nave central. Allí, Adela, la responsable de "Aves y Caza", explicaba lo sucedido, una y otra vez, a sus compañeros de trabajo. Las labores rutinarias de limpieza del Mercado se habían suspendido y desde hacía dos horas, entre los puestos, todo eran conjeturas.

– Que sí, que doña Pilar, como cada día vino aquí y me pidió la comida de sus perros. Estaba como desencajada. Tenía la mirada como en otro sitio, pero sonreía. Es la primera vez que la he visto sonreír. Después de darle los restos, me ha dicho que quería todos, que el pedigüeño no vendría a por los suyos, porque estaba muerto. Que ella lo había matado.

Y Adela disfrutaba de su posición privilegiada, repetía una, y otra vez, enfatizando, "que tenía la mirada rara. Como si no estuviera, como si se alegrara", que la anciana, delgada y pulcra asidua a su negocio había asesinado al burgalés, que era como conocían en el mercado al mendigo.

Sabinas observó la escena desde lejos, evitando aproximarse al grupo de vendedores y clientes que rodeaban a la denunciante, que recogía su delantal en un puño, mientras que con la otra mano, abierta, dibujaba en el aire su historia.

El comisario observó el deteriorado mercado, con sus bellas columnas de hierro, con grandes clavos –"Como los de la Torre Eiffel", pensó– y se dirigió hacia la salida. Evitó hacerlo por las escaleras principales y se dirigió hacia la zona de carga

y descarga, en donde, bajo las marquesinas sujetas por trabajado metal se asilaban pequeñas furgonetas entre las que se escuchaba otra historia del crimen.

Eludiendo la presencia de un periodista conocido se dirigió a su casa.

Teresa esperaba con la oreja pegada al transistor, desde que un servicio de noticias locales acababa de narrar parte de lo sucedido y nada más verle entrar se precipitó hacia Ignacio para preguntarle por el "horrible asesinato perpetrado por una vecina de la ciudad en la puerta del mercado, del que aún desconocemos los extremos, pero que parece ser un crimen pasional".

– El "parte" dice que han matado al que se ponía en la puerta del mercado.

– Sí.

– ¿Qué más?

– El caso no está cerrado. Estamos investigando y no hagas caso de todo lo que dicen por la radio.

– Bueno, hombre, no te enfades.

Ignacio se sentó frente a su plato y sus ojos encontraron la mirada solícita de Teresa, quien, destapando una cazuela, le agasajó –"mira, hoy, cocidito, que sé que te gusta, y más con este frío"–.

No había terminado de servirle otro humeante cucharón, cuando Ignacio comenzó a comer, resoplando sobre la cuchara, con los ojos bajos.

– ¿Qué se cuenta por el mercado? ¿Dicen muchas tonterías?

– No lo sé. Hoy no me he pasado. He estado en la agencia. Si no fueras tan despistado, te darías cuenta de la sorpresa que he preparado.

– ¿Otra vez con lo del viaje?

– Sí, mira. Es un hotel precioso, sale muy barato. Y además, aunque fuera caro, creo que nos lo merecemos.

– Ya veremos... – aplazó Ignacio, para quien la idea del viaje, casi en invierno y a un hotel de Valencia, tras la jubilación, le parecía el descenso a los infiernos. Si consentía, acabarían en casa de los hermanos de Teresa, soportando las fanfarronadas de su cuñado el camionero y de "su" Inés, la mujer con las ojeras más grandes que nunca había visto en una cara. Terminó de comer en silencio y la modorra le llegó, puntual, con el inicio de la telenovela, que escuchó a lo lejos, como flotando entre nubes. El sonido del grifo abierto y el zascandilear de Teresa por la cocina le devolvieron a la realidad.

– Teresa, tengo que acercarme a la comisaría.

– ¿Por lo del muerto?

– Sí. Y a ver qué dice la mujer.

– Bueno, no tardes. ¡Mira que pasarte esto a punto del retiro! Ya podría encargarse otro...

El comisario Sabinas dejó a su mujer con la palabra en la boca y abandonó la casa para enfrentarse con el frío que le abofeteó la cara mientras se dirigía al Gobierno. El sobrio edificio aparecía como vacío. Sólo. Tres luces iluminaban tenuemente los huecos a los que se acercaba y ninguna pertenecía a su despacho. – "Los de guardia"– pensó, mientras aceleró el paso.

Sobre su mesa, el comisario Sabinas halló dos finos folios escritos a máquina. Se quitó el abrigo y tras colgarlo en el perchero se acercó, queriendo alargar el tiempo, quitando interés, restándose la curiosidad, hacia la gastada y pulcra mesa. Se sentó y tras pulsar el interruptor de la pequeña lámpara de mesa, echó una rápida mirada al escrito. – "Deberían cambiar la cinta de esta máquina o mejor, cambiar de máquina"– se dijo, despreciando el informe que había encargado con simulada autoridad horas antes.

Unas manos torpes habían impreso que el fallecido se llamaba Emiliano Pérez Martínez, que tenía 49 años y que había nacido en la localidad de Moratilla del Castillo, en la provincia de Burgos. Habitualmente dormía, con varios perros abandonados, en la antigua fábrica de la Hispano Suiza, cerca del barrio de Los Manantiales, en una caseta que se había construido en la derribada nave. Nadie sabía cuántos años llevaba en



Guadalajara, pero todos conocían de su condición de mendigo y de su afición al vino. Junto al camastro que tenía preparado se habían encontrado numerosas botellas vacías y tetrabricks abiertos en los que, al parecer, daba de comer a más de diez perros que convivían con la víctima. Según algunos vecinos, interrogados en el barrio, el desaharrapado recogía a todos los chuchos vagabundos que encontraba y los llevaba a la "Hispano" con él. Los perros habían ocasionado molestias y las consecuentes quejas vecinales.

"De la presunta" —¿Presunta?, se interrogó Sabinas— se desconocen antecedentes criminales. Se llama Pilar Mancilla Sobrado, tiene 52 años y es natural de La Huerce, provincia de Guadalajara. Vive en la calle Ramón y Cajal, sola, y le fue encontrado un cuchillo de cocina ensangrentado, con el que, al parecer, cometió el crimen. Se ha negado a declarar y se desconocen las causas que le impulsaron a cometer el acto. Entre la víctima y su agresora no aparecen nexos que lleven a un móvil y tan solo se conocían, según impresiones de los interrogados, por su diaria asistencia al mercado".

"La mujer —añadía el informe— no tenía relación con nadie y acudía, cada día, al mismo puesto de Mercado para pedir restos para sus perros. La encargada del despacho ha confirmado el extremo y ratificado que la detenida nunca realizó ninguna compra y se limitaba a requerir los deshechos. La misma vendedora ha informado que el apodado el burgalés también le solicitaba las basuras, para alimentar a sus animales".

"Personados en el domicilio de la detenida, hemos podido comprobar que habita en un inmueble declarado hace años en ruinas. Vive sola y no hemos hallado animal alguno. Por si éstos hubieran abandonado la casa, por la parte trasera que da a un solar, hay cursado aviso correspondiente a las autoridades sanitarias municipales".

El informe añadía datos sobre el escaso mobiliario encontrado en casa de la detenida y daba cuenta del mal estado de la vivienda, a la que se daba por abandonada y a la que los agentes habían penetrado, tras pedir permiso a unos vecinos de una edificación cercana, y saltar un

muro. También relataba el escrito cómo para abandonar la desahuciada vivienda, habían utilizado sin problemas la puerta de acceso a la calle.

—“Estos novatos”—, pensó el comisario Sabinas mientras se desplazaba sobre las ruedas de su butaca, sin levantarse, hacia un amarillento plano de la ciudad, pegado con chinchetas a la pared. El mismo que un compañero le había proporcionado cuando llegó destinado a Guadalajara y que le había acompañado durante los últimos dos lustros, ajeno a las nuevas construcciones que se agolpaban sin descanso contra la autovía que rodea la ciudad.

Sabinas localizó la calle donde estaba situada la vivienda de la detenida y, sin pensárselo dos veces, se levantó con aire decidido, tomó su abrigo y abandonó el despacho. No había alcanzado la escalera, cuando, desde una gran puerta, el Gobernador le interceptó el paso.

—Sabinas, me llaman los periodistas. ¿Qué les cuento?

—Por ahora, que tenemos un muerto en el depósito. No hay relación entre el fiambre y la mujer. No hay nada.

—Sabinas, necesito algo. Aquí nunca pasa nada, pero cuando pasa, hay algunos que se creen en Manhattan.

Al comisario Sabinas le caía bien el Gobernador. Un tipo





simpático con el que había formado en más de una ocasión pareja al mus, los jueves en Marchamalo. Ahora le apremiaba, porque quería quedar bien con los de la prensa. Las elecciones estaban cerca y la tan traída y llevada seguridad de la ciudad no iba a quedar en entredicho porque a una loca le diera por apuñalar a un borracho. No señor, y menos, cuando él estaba a punto de jubilarse.

Descendió por las conocidas escaleras y se dirigió primero hacia el Mercado. Había anochecido y el viejo edificio de ladrillo y piedra parecía abandonado, ajeno al quirigay formado horas antes.

Una tenue luz iluminaba los pasillos, que Sabinas podía observar desde la puerta enrejada. Los puestos aparecían pulcros; aguardando el nuevo día. Un lastimoso suspiro le hizo volverse y al mirar hacia sus pies, sobre un cartón, halló la mirada sin fondo de un perro sucio y desrabado que parecía suplicarle explicaciones. Sabinas sintió otra punzada, la segunda del día sobre la boca de su estómago y se alejó, sin poder retener la mirada del animal, que había levantado inquisidor su cabeza.

Subió por la Cuesta del Reloj y se dirigió hacia el domicilio de la detenida. Era un bajo de paredes desconchadas y rodeadas por el ruido del escaso tráfico a esa hora. Todas las ventanas aparecían cegadas por maderas. El abandono rodeaba la vieja casa, desprovista de cornisas. Tras lanzar una rápida mirada, Sabinas se encaminó hacia la próxima vivienda de cuyas ventanas salían haces de luz, por debajo de las persianas entornadas. Iba a pulsar cualquiera de los timbres, cuando decidió volver a su despacho. No sabía por qué, pero no quería entrar

en la vivienda. Le había vuelto a la cabeza algo ocurrido hacía ya varios años. En el Norte. Después de vigilar un caserío durante días, soportado el miedo al momento de atravesar el quicio de su azulada puerta, cuando estaba ya cubierto por las pistolas de sus compañeros y superó el umbral, no encontró a nadie ni a nada. Nada. Toda la espera había sido en vano. El soplo resultó ser falso y el terror de la larga espera se convirtió, de repente, en nada. Sabinas identificó la ansiedad y volvió sobre sus pasos al edificio del Gobierno Civil. No quería enfrentarse con la nada y tampoco con los documentos, los que mandarían de interior, tan ansiados por Teresa y que ratificarían su retiro. No quería ver pasar la nada desde un hotel de Valencia soportando a su cuñado el camionero que le hablaría con sorna

de sus años de contrabandista y de sus burlas a la Policía de Aduanas. El no había estado en Aduanas, pero de haber controlado las mercancías, para rato iba a estar aquél burlándose de la vigilancia, pensó.

Tras saludar al guardia de la puerta, Sabinas se dirigió hacia la planta baja, donde los calabozos permanecían iluminados. Un número de guardia le saludó y señaló la habitación donde una menuda mujer permanecía sentada sobre una cama, inclinada hacia delante, con los codos apoyados sobre sus rodillas, sujetándose la cabeza con ambas manos. Tenía un pelo muy blanco sujeto en un diminuto moño que destacaba de la figura, vestida totalmente de negro y que concluía en unos gastados zapatos sin tacones. Sabinas no sabía por qué pero sintió lástima ante una mujer tan pequeña, tan desamparada.

– ¿Ha dicho algo?

– No señor.

Sabinas volvió a la calle. Andaba despacio. La noche se había aliado con la niebla que diluía los contornos de las casas y el frío había hecho huir a los paseantes. Parecía el rey de la ciudad, enfundado en su abrigo y sintiendo el calorcito del contraste. No quería apresurarse para regresar junto a Teresa que le preguntaría y pediría una solución al caso, como habían hecho sus compañeros en el bar. Una farola sin aplique iluminó el camino hacia el portal y sintió una nueva punzada en el estómago –esta vez de hambre– que le animó a subir las escaleras. Antes de franquear la puerta, le volvió la imagen de la desvencijada casa de la detenida y el leve cuerpo sentado en la esquina de la cama de la celda.

– ¿Qué?– le interrogó ansiosa Teresa – ¿Ya lo has resuelto?
 – No– Tuvo que admitir.
 – Pero ya sabrás algo. ¿La has interrogado?. ¿La has visto al menos?– concedió la mujer, mientras acercaba los platos a la mesa camilla.

– Es una pobre mujer. No parece tener fuerzas ni para empuñar el cuchillo. Vamos a cenar, que tengo hambre. ¿Qué has preparado?

– Pollo. Pollo frito como a ti te gusta, con ajitos y todo.

Tras una noche en la que el sueño tardó en llegar y caprichoso huía a ratos, cada vez menos espaciados, el comisario Sabinas se levantó, antes de lo habitual dispuesto a resolver el misterio. Junto a la humeante cafetera estaban los platos usados la cena anterior, con restos que Teresa había almacenado, antes de entregarse a su concurso favorito. En la pantalla, presentadores con gomina y chicas con lentejuelas que parecían, todas ellas, hijas de un dentista, a tenor de su presumible salud bucal.

Apuró el café y sin despedirse de la aún adormilada Teresa se encaminó hacia el Gobierno. Temeroso de encontrarse, ya desde primera hora, con su superior se dirigió primero hasta los calabozos.

La mujer parecía no haberse movido en toda la noche. Sabinas volvió a sentir una amarga sensación de compasión hacia la liviana figura que ni siquiera se agitó cuando el policía penetró en la celda.

– Buenos días.

–

– No sé si se da cuenta de su situación. Me acaban de informar que se niega a declarar. Soy el comisario encargado del caso y quiero resolverlo cuanto antes. Sería necesario que usted colaborase. ¿No tiene nada que decir?

–

Tras un molesto silencio Sabinas ordenó al agente de guardia que se dispusiera para tomar declaración. Si la mujer se negaba a hablar lo mejor sería pedir los servicios de un psiquiatra, llamar al fiscal o hacer lo que fuera para evitar la menuda presencia en los calabozos y terminar con el molesto trámite.

Dos horas después, la mujer no había pronunciado ninguna palabra, pero había mirado a Sabinas, quien, sin poder soportar los ojos de la detenida, había comenzado a dar vueltas sobre sus pasos en la pequeña habitación.

A mediodía, Sabinas decidió servirse un café, haciendo uso de la máquina situada en el pasillo y que coloquialmente conocían en el Gobierno como matarratas. Antes de volver al calabozo, decidió introducir otra moneda y poco después ofrecía un vaso humeante a la pequeña anciana que lo tomó y, como si hubiera recobrado la vida, respondió tras beber su contenido de un sorbo –“Gracias”–.



El comisario sintió un hondo alivio y aproximó una silla hasta la detenida. Se sentía más animado y preguntó –“¿Quiere declarar?”

– Si lo hago, ¿me dará de comer pollo?

Sabinas sufrió un mazazo en la frente. Permaneció inmóvil, herido por el descubrimiento. Después, dejó, sin fuerzas para continuar, desplomarse sus hombros. Así vencido, se le notaba la edad, bien disimulada por los cuidados de Teresa y la vida plácida y tranquila en una ciudad de provincias que le había reportado una más que incipiente barriga. Las entradas de la piel habían hecho retroceder su antes poblada cabellera y unas bolsas, de lástima, de pena y de humillación por no haber visto antes, le abatían los ojos.

– ¿De qué conocía al burgalés?

– De verle pedir en la puerta del mercado, de quitarme la comida para dársela a sus asquerosos perros.

– ¡... ..!

Ignacio dejó el periódico sobre la mesa de la terraza y alzó la vista para contemplar aburrido cómo paseaban algunas parejas por la playa. El oír su nombre le hizo volver la cabeza y observó a Teresa que se acercaba con sus cuñados por el paseo.

– Mira –le dijo Teresa– le he hecho una carantoña a este perro y no ha dejado de seguirme durante el paseo. ¿A que es simpático? –añadió, sin esperar respuesta–. Andrés ya ha encargado la comida. ¡Por fin, domingo, y todos juntos! Iremos a un chiringuito que acaban de reabrir un poco más abajo. Ya hemos encargado la mesa y unos pollos, ¿A que es una buena idea?

– No. □

CARMEN PEREZ. Periodista.